

asociarían a los españoles. Conocía cuán aborrecidos eran los mejicanos por las pequeñas naciones dependientes de su imperio y lo duramente que hacían sentir aquéllos su poderío. Se había dado cuenta que la mayoría de las provincias detestaban la religión de la capital, y que en ésta misma, los poderosos, los ricos —a los que el sentido de sociedad disminuía la ferocidad de los prejuicios y costumbres del pueblo— sólo sentían indiferencia por tal religión, así como que a numerosos nobles les sublevaba la idea de tener que cumplir las más humillantes funciones cerca de sus amos. Durante seis meses, Cortés maduró, en silencio, sus grandes proyectos..., su marcha hacia el centro de los estados mejicanos fue fácil y rápida: las pequeñas naciones que la habrían podido retardar o embarazar fueron fácilmente subyugadas o se le entregaron libremente»³².

Raynal completaba su visión del Méjico precortesiano considerando factores climáticos, biológicos y psicológicos como elementos que incidirían en la supuesta facilidad con la que la conquista había sido llevada a cabo. «El clima —decía— de una región casi enteramente en la zona tórrida, es alternativamente húmedo y caliente. Estos cambios son más apreciables y más comunes en las regiones bajas, cenagosas, cubiertas de selvas sin cultivar del Este, que en las zonas del imperio a las que la naturaleza ha tratado más favorablemente»³³. Pero en su consideración total del ámbito americano, el autor de la *Historia de las Dos Indias*, según Gerbi³⁴, recogía de Buffon el problema fundamental de la naturaleza del Nuevo Continente y lo desmesurado de sus diferencias; la indisciplina y el desorden de su geografía respecto de la simetría del Viejo Mundo le hacían considerar a América como un «mundo naciente», o mejor «renaciente», pero desierto y miserable. Raynal enfatizaba la desdichadísima naturaleza física de América: «la imperfección de la naturaleza en América no prueba la novedad de ese hemisferio, sino su renacimiento». La idea de un diluvio más pequeño y posteriormente producido que hubiera afectado a América se incardinaba en la teoría del reciente emerger del continente, y a ello se atribuía la inmadurez y debilidad natural de sus especies animales y del indígena americano: «los hombres son menos fuertes, menos valerosos, sin barba y sin vello, degradados en todos los signos de virilidad, débilmente dotados de ese sentimiento vivo y potente, de ese amor delicioso que es la fuente de todos los amores, que es el principio de todos los cariños, que es el primer instinto, el primer nudo de la sociedad sin el cual los demás lazos facticios carecen de fuerza y de duración». Así, el concepto de la «degeneración» buffoniana y el de la «impubertad» sostenido por De Paw, serían fuente de inspiración para la peculiar y pintoresca teoría de Raynal sobre las consecuencias del escaso vigor erótico de los indígenas americanos³⁵.

³² *Ibidem* (pág. 396).

³³ *Ibidem* (pág. 449).

³⁴ GERBI, ANTONELLO: *La disputa del Nuevo Mundo*. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1960 (pág. 43).

³⁵ GERBI, ANTONELLO: *Op. cit.* (págs. 42-45 y 517. Cf. Raynal): Acerca de la influencia de las ideas de Buffon sobre Raynal, el libro de Gerbi ofrece abundancia de pruebas, así como de la perduración de ciertas apreciaciones que tendrían connotaciones racistas en una consideración de la «tropicalización del blanco». Todavía en 1921 (RONDETSAIN: *Randonnées trasatlántiques*) se aseguraba: «el examen de la fauna del Nuevo Mundo nos lleva a una comprobación muy curiosa: es, en casi todos sus ejemplares, una reducción de la



Grabado de la edición original de «Histoire philosophique...», de Guillaume Raynal, Genève, chez Jean-Léonard Pellet, 1780.

En efecto, la apatía y propensión viciosa del indio eran elementos «científicamente» considerados y «racionalmente» expuestos por el autor de la *Historia de las Dos Indias* como uno de los factores explicativos de la supuesta facilidad de la conquista mejicana. De hecho, ya los cronistas de Indias habían puesto de manifiesto hábitos sodomíticos entre los indígenas, cuya censura y prohibición había sido procurada desde que la conquista se había llevado a cabo. Para Raynal la «impubertad» y «degeneración» apreciables en el aborígen americano —consecuencia implícita de la flojedad general del Nuevo Continente— tenía clara manifestación en aquella ausencia de condiciones amoratorias del hombre americano, planteándola y utilizándola como expediente literario —rasgo de una tendencia sensualista típicamente dieciochesca—, al describir la falta de ardor del indio mejicano por el sexo femenino en relación con la vehemencia de las indias hacia los conquistadores españoles.

«En América —escribía Raynal— los hombres se entregan generalmente a ese vicio vergonzoso que ofende a la naturaleza y pervierte el instinto. Se ha querido atribuir esta depravación a debilidad física que, sin embargo, más predispondría al apartamiento que a la pasión. Hay que encontrar la causa en lo cálido del clima; en el desprecio por el sexo débil; en lo insípido del placer entre los brazos de una mujer agotada por las fatigas; en la inconstancia del gusto; en la extravagancia que impulsa a los goces menos comunes; en una búsqueda de voluptuosidad más fácil de entender que honesta de explicar. Por otra parte, ¿no tendían a aproximar un hombre a otro las cacerías que separaban, a veces durante meses enteros, al hombre de la mujer...? Sea como fuere, la llegada de los europeos hizo lucir un nuevo día a los ojos de las mujeres americanas: se las vio arrojar sin reparo a los brazos de aquellos extranjeros ardientes, de corazón de tigre y cuyas manos codiciosas chorreaban sangre. En tanto que los infortunados supervivientes de estas naciones salvajes procuraban poner entre ellos y la espada que les perseguía inmensos desiertos, las mujeres, hasta entonces desdeñadas, pasando sin desazón por encima de los cadáveres de sus hijos y esposos, iban a buscar a sus exterminadores hasta sus propios campamentos para hacerles partícipes de los transportes de la pasión que las devoraba. Entre las causas que contribuyeron a la conquista del Nuevo Mundo se debe tener en cuenta este arrebatado frenesí de las mujeres americanas por los españoles: fueron ellas, generalmente, quienes les sirvieron de guías, les procuraban provisiones con frecuencia y quienes, en ocasiones, les delataron las conjuras»³⁶.

Para Raynal, sentimentalmente, el ejemplo de Cortés ilustraba aquellas relaciones entre conquistadores y mujeres indígenas. El caso de la india doña Marina y su papel en la conquista le confirmaban en su criterio: habiendo combatido Cortés a los indios

del Viejo Continente; el puma y el jaguar —bautizados aquí con los nombres de “león” y “tigre”— son diminutivos del león y del tigre, como la llama y el tapir lo son del camello y el elefante». La degeneración de las especies animales en América, como tesis buffoniana, había ejercido influjo en Raynal, quien aseguraba que las ovejas aclimatadas en Méjico tenían la carne, la leche y la lana «d'une qualité inférieure», decadencia de la que los europeos se habían salvado «parce qu'ils sont de tous les êtres ceux qui ont le plus de moral», al contrario del criterio de De Paw quien había insistido en la degeneración americana del humano, tanto en el caso del indígena como en el del criollo.

³⁶ RAYNAL, G. T.: *Op. cit.* (pág. 371).